

# El Rvdmo. P. Maestro Fr. Eustasio Esteban, Prior General de la Orden de San Agustín (1860-1945)

POR

LOPE CILLERUELO, O. S. A.

## PROLOGO I

Cuando me disponía a perfilar esta biografía, me vinieron providencialmente a las manos unas *Memorias* autobiográficas. Consulté la fecha y me quedé asombrado, al evocar la hora en que se firmó el documento: el P. Eustasio convivía entonces conmigo en Roma en una misma casa. Había terminado su mandato de General de la Orden de S. Agustín y vivía recogido en un rincón del convento. Recuerdo muy bien a aquel anciano venerable: iba a todas partes de prisa, acuciado por la avaricia del tiempo y por el celo de la gloria de Dios, dos espuelas que le aguijoneaban sin cesar. Era de regular estatura, de complexión fuerte, bien formado y hasta hermoso, la faz rubicunda y aureolada por una cabellera blanca como la nieve. Aunque él afirmaba que vivía de milagro, su actitud decidida, su aspecto sanguíneo, la dureza de su dieta y de su soledad, la fama de sus singladuras y trabajos, hacían pensar en una salud a toda prueba. La sonrisa era como la esencia de su rostro, mientras su mirada y su frente de intelectual hablaban de un fuego interior siempre en actividad. Quien le veía por primera vez, quedaba cautivado.

Los estudiantes le veíamos raras veces. Marchaba por el claustro sin levantar los ojos, a paso ligero y silencioso, modesto y enérgico, como una estampa antigua nimbada por el misterio y por la fama. Le llamábamos «el Romito», porque voluntariamente recluso, como un apesadado, pasaba los días y las noches en ocupaciones literarias que nadie conocía. Lo que escribió en aquellas horas de recogimiento y contemplación fueron sus *Memorias*.

Personalmente sólo viví con él dos episodios, pero son lo bastante característicos para definirlo tal como era. Se decía que en la canonización de Sta. Teresita del Niño Jesús el P. Eustasio no había salido de su cueva a contemplar la iluminación de la cúpula de S. Pedro, que se ofrecía por vez primera después del Concilio Vaticano, aunque de su habitación a la azotea del Colegio había veinte pasos y de la azotea a la cúpula escasamente trescientos. Llegó la canonización de Don Bosco y los estudiantes contemplábamos la cúpula iluminada, cuando alguien observó, señalando la luz que llenaba la cueva del Ermitaño:

—¡Ecco, il Romito scribe ancoral

Serían quizá las doce de la noche y los estudiantes bajamos a la celda del P. Eustasio. Le hallamos con la pluma en la mano, rasgueando briosamente sobre un rimerero de cuartillas. Tenía el rostro congestionado por el trabajo, la concentración y la vigilia. Le invitamos a subir a la azotea y él sonrió diciendo:

— ¡Hijitos, ya veremos a Dios *in lumine gloriae!*  
Y no subió.

El otro episodio parece un donaire. En 1926 giraba el Padre la Visita Generalicia en nuestro Colegio de Valladolid. Entré a prestar mi declaración y el P. Secretario notificó:

—Este es de Roa.

El anciano nada dijo. Escuchó mi deposición, como si nada hubiese oído. En las distintas ocasiones en que vol-

vimos a encontrarnos, me dió la impresión de que personalmente no me conocía. Pero he aquí que en 1935 me tocó entrar en su habitación para darle un aviso, y me saludó con esta pregunta:

—¿Con que tú eres de Roa?

Me hizo tanta gracia aquella salida que disimulé sin contestar, reservándome otros nueve años para hacerlo debidamente.

\* \* \*

Aunque para escribir la biografía he tenido a la vista multitud de documentos y declaraciones de testigos presenciales, mi fuente principal son las *Memorias* autobiográficas, 444 cuartillas escritas a máquina, por un lado, a un solo espacio. Deberé, pues, decir algo acerca de ellas.

Las memorias tienen sus desventajas en comparación de los diarios. Muchas cosas se pierden en el olvido, claves que nos meterían de lleno en la persona. Cuando un anciano escribe sus memorias, ha perdido el recuerdo de muchas vivencias importantes para nosotros, porque la memoria individual tiene sus leyes misteriosas por las que selecciona entre los sucesos. El nuestro tenía ya 75 años cuando las escribió. Además, las memorias aparecen desvitalizadas. Suele faltar en ellas el calor o latido de las pasiones, ese flujo sentimental del drama cotidiano. En las de este anciano ese defecto se acentúa por su empeño de narrar como si fuera un extraño. Se van presentando los acontecimientos como gotas rítmicas e iguales que van cayendo en la clepsidra, pero la ilusión los ha abandonado. Se narran, a veces con la minucia de las actas legalizadas, los acontecimientos externos, horarios de trenes, fechas del calendario, porque el autor tiene a la vista la documentación, mientras la pasión nos pasa desapercibida. Su vida interior podemos conocerla mejor por un puñado de cartas familiares que se han conservado. Pero tienen también sus ventajas las memorias. Son sinceras y ecuánimes, objetivas y ordenadas. Cuando un anciano

tiene ya un pie en la eternidad, se menoscaba el valor personal, pero crece el simbólico y representativo. La actualidad lo confunde todo en la ola revuelta y tumultuosa del vivir, mientras el tiempo discrimina lo significativo de lo insignificante. Cuando la pasión de la lucha se ha recordado de su taquicardia, es cuando se ven las cosas como son. Se han desvanecido elementos irreparables, ilusiones, esperanzas, dudas, ansiedades, miedos de que todo sea inútil, suspiros y lágrimas, pero hay compensaciones en la serenidad que riela como una luna en el lago después de la tormenta.

Las *Memorias* del P. Eustasio son ejemplares por diversos motivos. Era él un trabajador paciente y perseverante, no un héroe o un genio. Su vida es la de cualquiera cuando bien se la emplea. No hay cimas inaccesibles y esto nos sirve de estímulo, al mismo tiempo que nos arrebató los prejuicios y máscaras con que quizá nos sustraemos a nuestro destino. Además, nos dan una vida completa, larga y dura. No basta reunir algunos sillares para servir de ejemplo, sino que es preciso que la torre esté edificada hasta el fin «*no sea que los transeuntes se rían y digan: ese empezó a edificar y no pudo terminar*». Mas aunque en todo fué un hombre corriente, vivió con tanta rectitud e independencia, mantuvo tan entera la dignidad humana, ejerció con tanta fuerza y sosiego su actividad, llegó hasta las últimas consecuencias con tal energía, vivió con tanta fuerza su ideal y fué tan absoluto el señorío de su conciencia, que por fuerza nos ha de contagiar. El sentido de la justicia y del «a cada uno lo suyo» es lo que convierte a este luchador en un hidalgo con su lema: «mi Dios y mi derecho». No se doblega a la pobreza, a la enfermedad o a la calumnia, sino que en el ambiente más indelicado sabe mantener su rango y su valor, sin traicionarse así mismo ni traicionar a Dios. Sea quien sea el que entra en colisión con sus derechos, él reclama; después espera tranquilo los acontecimientos. No le importa que le tengan por

buscapleitos o por tozudo. Confía en sí mismo y en Dios lo bastante para no llamar jamás blanco a lo negro, aunque les pese a todos los poderes de la tierra. En ese sentido justiciero del P. Eustasio es donde muchos han visto su lado débil. Nunca pudo lograr, como buen descendiente de los numantinos, la habilidad diplomática que a otros hombres ha llevado a los más altos éxitos. Seguramente su independencia le perjudicó, pero no sabía adular ni cortejar a la opinión. Muchas de sus empresas no fueron bien conocidas, otras fueron mal interpretadas y siempre le faltaron colaboradores; el pudor le impedía sonreír a los astutos o mentir con la conducta o con el silencio. Lo tortuoso, lo oblicuo o innoble le repugnaba a ojos vistas. Muchos dirán que no supo hermanar la sencillez de la paloma con la sagacidad de la serpiente, pues de la *santa sagacidad* fué muy poco devoto. Todas sus actividades eran distintos modos de servir al Señor. Lo demás lo consideró siempre como usufructo. Sólo con relación a sus ideales le interesaban las cosas y las personas. Vivió de acuerdo consigo mismo, con tal perseverancia que hace pensar en el movimiento de las máquinas.

No había nacido para sentarse, sino para caminar. Como el Beato Orozco, decía que el descanso hay que dejarlo para el Reino de los Cielos, ya que la vida es demasiado corta para un corazón generoso. Por su vida andariega, pudiera producir la impresión del judío errante. Tal impresión sería engañosa. No se adhería a las circunstancias, pero marchaba asido a su ideal como a una estrella. Su destino era marchar, pero dejaba profundas huellas por donde pasaba. Era peregrino, pero no huía sino que era atraído. No marchaba por no haber podido echar raíces en el lugar, sino porque las raíces se le extendían a lo lejos, como tentáculos, y le llevaban a otra parte. Como soldado de la misionera Provincia de Filipinas, hizo honor a la historia de los hombres votados a la ruta de Urdaneta, el fundador simbólico de la Provincia.

¿Qué pretendía el P. Eustasio, al escribir estas memorias? El nos dice que las escribió a instancias de su confesor y no tenemos motivo alguno para dudar de su palabra. Pero nos habla también de una inspiración del Señor; resistida durante cuarenta años, para escribirlas y positivamente nos advierte que escribe «esperando que de algún modo pueda servir a la gloria de Dios y provecho espiritual de los que lleguen a leerlas». ¿Quería resarcirse del fracaso de algunas de sus empresas, que él atribuía a inhabilidad política? Así lo creo. Uno de los testigos ha recogido una frase que el P. Eustasio repitió muchas veces poco antes de morir. «¡Tengo mala suerte! Trato de dar gusto a todos, y no lo consigo».

Si llegamos a penetrar en el amor entrañable que profesaba a la Iglesia, a la Orden de San Agustín y a la Congregación de las Hijas del Stmo. Salvador, por él fundada, entenderemos también que quería prestar servicio aún después de muerto. Lejos de arriar los ideales que informaron su vida, trató de hacerlos perennes y activos para que otros terminasen lo que él dejó empezado. Sus ideas sobre la Orden Agustíniana, sobre el valor y observancia de las Ordenes Religiosas, sobre los conventos agustinianos del Escorial, Lima, Pavía e Hipona, sobre las Hijas del Stmo. Salvador, sobre los Hijos de la Orden, sobre el Colegio internacional y la Revista internacional de los Agustinos de Roma y otros asuntos que se detallarán a su tiempo, son todavía problemas vivos que esperan un realizador devoto y práctico.

Quizá quería también consignar una especie de testamento. El anciano da cuenta a las nuevas generaciones de la empresa realizada por sus contemporáneos, la generación de los grandes agustinos. Los PP. Díez González, Cámara, Honorato del Val, José López Mendoza, Muñíos, Tirso López, Blanco García, Marcelino Gutiérrez, Manuel Miguélez, Restituto del Valle, Marcelino Arnáiz, Jerónimo Montes, Zacarías Martínez, etc., todos se habían ido. El

P. Eustasio, al narrar su gesta, invita a los jóvenes a tomar en sus manos el pendón de la lucha: «veamos ahora cómo os señaláis vosotros en el servicio del gran Rey. ¡Despejad vuestra incógnita!». De ese modo tenemos aquí las memorias de la generación del 98, la generación trágica, que cargó con la herencia de los alegres abuelos liberales. Tienen la melancolía solemne de un rendimiento de cuentas, pero también el vigor de una interpelación y la advertencia amenazadora de un testamento escrito por quien fué testigo de todo. Ese «*morituri te salutant*» posee el misterio y la potencia del oráculo de un vidente: pronuncia su sentencia con gravedad, al despedirse de la vida.

Dios nos libre de que algún simple se escandalice de las miserias humanas que rodean a todos los hombres rectos y firmes en el bien. Son las flaquezas humanas las que dan ocasión de santificarse a los valientes. ¿Cómo podríamos ofrecer como modelo a un religioso que siempre hubiese tratado con súbditos y superiores dóciles y dulces? Todos somos buenos, cuando los demás no son malos. Dios nos libre de escandalizarnos de que los hombres sean hombres. Digamos con sencillez, la verdad. Mejor que falsear la realidad, es contar siempre con ella.

Murió hace diez años. Había avisado que le notificaran con toda claridad la hora de recibir los últimos sacramentos. Cuando se la notificaron, dijo con sangre fría: «¡Bendito sea Dios, que he terminado mi carreral» La vida le pesaba como un fardo, y se desprendió de ella gozosamente. El vacío que dejó no se pudo llenar con nada ni con nadie. Con él desaparecía de la escena el último de los grandes actores que llevaron a cabo, dentro de la Orden de S. Agustín, una renovación entusiasta. A la hora de desaparecer era ya una razón pública, una función social, un punto de apoyo para todos los agustinos. Era y seguirá siendo una piedra de toque. Había trabajado siempre en medio de dificultades, enfermedades y contradicciones. Se mantuvo en la brecha hasta exhalar el último suspiro. Otros estimaban que la

ancianidad le dispensaba del trabajo, pero él nunca dejó de reclamar y ejercitar su derecho al trabajo. La muerte le encontró luchando como en los mejores días de su juventud. Lo mismo que Septimio Severo, pudo hacer suyo el famoso lema: ¡LABOREMUS! (1).

## CAPITULO I

### La familia de los intransigentes

El 29 de septiembre de 1837 la columna carlista del general Zarategui, acantonada en Roa, se retiraba hacia el Norte, mientras los isabelinos seguían avanzando. El alcalde de Roa padeció un desmayo al corazón, al oír la orden de retirada. Es verdad que nuevas victorias hicieron concebir nuevas esperanzas pocos días más tarde. El alcalde de Roa, ilusionado, marchó a conferenciar con el comandante carlista de La Horra, pueblecito inmediato, pero el comandante le cortó las alas de la ilusión.

—Señor alcalde de Roa, le dijo, no entiendo lo que pasa. Se ha ganado la acción, pero los nuestros están en

(1) *Las Memorias comienzan así:*

RESERVADO. — «Memorias de mi vida». — Secretum regis abscondere bonum est, opera autem, Dei revelare et confiteri honorificum est.

«Cediendo a lo que me parece ser inspiración del Señor y al consejo del confesor, comienzo hoy, primer domingo de Cuaresma de 1935, a hacer el recuento de los innumerables beneficios recibidos del Señor desde que nací en La Horra, diócesis de Osma, provincia de Burgos, en España, el 26 de marzo de 1860. Hace unos cuarenta años sentí dicha inspiración. Mas por las muchas ocupaciones que han sobrevenido no pude corresponderla hasta ahora en que libre ya, gracias a Dios, de cargos y ocupaciones apremiantes, me la ha hecho el Señor sentir de nuevo. Contando, pues, con el auxilio de su divina gracia, sin la cual nada bueno podría hacer, y con la intercesión de la Sma. Virgen, que tanto me ha favorecido siempre, empiezo la narración de mi vida, esperando que de algún modo pueda servir para la gloria de Dios y provecho espiritual de los que llegasen a leerla».

Al cabo de un año se identificaban en su mente el primer domingo de Cuaresma y el Miércoles de Ceniza, pues anota: «Empecé estas Memorias de mi vida el Miércoles de Ceniza —6 de marzo— del año pasado 1935, con ánimo de dedicar a ellas los días de fiesta y las horas de la noche, en que podía trabajarlas con más tranquilidad y con la debida reserva...»

Naturalmente, el primer día de fiesta después del Miércoles de Ceniza es el primer domingo de Cuaresma.



retirada. Durante toda la noche no han dejado de pasar tropas hacia Lerma por la carretera de Irún. Su Majestad también se ha retirado.

Era la retirada definitiva.

Tres años más tarde, uno de los carlistas derrotados volvía a La Horra. Al pasar por Roa fué discretamente informado: el populacho liberal, bien armado y respaldado, seguía fusilando, saqueando e incendiando a su antojo en nombre de la Libertad y de la Constitución. La muerte, la cárcel o el destierro estaban a la orden del día. Algunos carlistas colaboraban ahora con los liberales, confesando que, una vez perdida toda esperanza, era absurdo dilatar el imperio de los horrores. Pero el carlista roto y pundonoroso se negó a claudicar. Durante varios meses vagó por los montes en torno a La Horra, y cuando su situación se hizo insostenible, se presentó a las autoridades de la aldea, expresando que se mantenía fiel a sus juramentos a D. Carlos y a la Religión, y que no renunciaba a sus derechos. Al principio se le tuvo por loco, pero él se mantuvo en su intransigencia. Entonces los liberales le cargaron de cadenas y le enviaron maniatado a la cárcel de Valladolid. El carlista se llamaba D. Tomás Esteban, abuelo del P. Eustasio.

Tomás tenía un hijo de doce años, llamado Pedro, tan intransigente como él. Al ver que se llevaban al padre, emprendió por su cuenta y a pie el camino de Valladolid. Entró de sacristán en la iglesia de Santiago, se popularizó en la ciudad como recadero fiel y servicial, y se las arregló para hacer compañía a su padre hasta que los liberales, cansados ya de pleitos, le arrojaron a la calle.

Pasaron los años en incesante repetición de arbitrariedades, sospechas, depredaciones y procesos por conspiración. Y en una de aquellas redadas tan frecuentes como inmotivadas, en que los aldeanos carlistas eran llevados periódicamente a Aranda, atados codo con codo, Pedro se ocultó, aunque luego se fué a entregar espontáneamente

a las autoridades de Aranda. Al entrar en la villa por el puente del Duero, se encontró con «El Estudiante». Era éste el cabecilla liberal de La Horra, un tipo pintoresco. Del fracaso de sus estudios y de sus amoríos le había quedado el mote de «estudiante» y un gran vozarrón enteramente consagrado a cantar las excelencias de la Libertad. Enfundado en una vieja levita, alto, seco, encorvado, con su bigote y perilla románticos, su cuello de pajarita, su sombrero de copa alta y su bastoncito, aquel solterón era el hazme reir de las mozas. Pero animado por el celo liberal, organizaba requisas y redadas de conspiradores siempre que los vientos le traían algún vago rumor. Al encontrarse con Pedro, quiso echárselas de generoso:

—Puedes, le dijo, utilizar mis servicios con plena libertad. Si quieres, te acompaño hasta el pueblo; y si quieres, voy contigo al tribunal. No te pasará nada.

Pedro respondió secamente:

—Prefiero ir solo.

Este era el padre del P. Eustasio y tal era todo el linaje, indomable, poco acomodaticio, fiel contra viento y marea hasta la muerte. Conocemos a toda la familia por la Partida de Bautismo del ilustre agustino (1).

Eustasio no conoció a las abuelas, pero sí a los abuelos. Con emoción evocaba, durante su vida, la muerte de su padrino. Antes de entrar en la agonía el anciano llamó a todos sus nietos, los bendijo uno por uno y a todos les dejó un recuerdo personal.

El matrimonio de Pedro Esteban y Anastasia Esteban fue feliz a pesar de la Libertad y de la Constitución. Vivían en la plazuela de la iglesia, en casa de D. Juan Mambrilla,

(1) «En la villa de La Horra, partido judicial de Roa, provincia de Burgos, obispado de Osma, día 29 de marzo de este año de 1860, yo D. Santiago Abad, Cura de la única parroquia de esta misma, bauticé solemnemente un niño que dijeron nació ayer al mediodía, y le puse por nombre Eustasio: hijo de legítimo matrimonio de Pedro Esteban y Anastasia Esteban, labradores de oficio; nieto por línea paterna de Tomás Esteban y Catalina Rojo y por la línea materna de Pablo Esteban, vecino de ésta y natural de Carnillas de Esgueva y Juliana Ordóñez, todos naturales de esta villa; fue su padrino el abuelo materno Pablo, a quien advertí su obligación».

Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valladolid, como administradores del mismo. Les nacieron siete hijos, de los cuales sobrevivieron tres: Tomás, que fue el segundo, Eustasio que fue el cuarto y Dolores que fue la quinta. El P. Eustasio conservó una carta de su padre, en la que narra algunos pormenores de la infancia del hijo (1).

La Horra es un pueblecito pintoresco y agricultor, de unos 330 vecinos, a una legua de Roa. La familia de Eustasio era de las mejor acomodadas. Su padre, como ya hemos apuntado, era administrador de las propiedades

(1) —Hay una cruz.—La Horra y septiembre. 25 de 1895.

Querido Eustasio: Tengo a la vista la tuya, fecha 12 de agosto, por la que vemos que estás bueno, a Dios gracias, de lo que nos alegramos mucho. Y voy a contarte algo como historia, de lo poco que recordamos de tu juvenil edad.

Lo primero que se notó en ti fue que naciste sin conducto para poder orinar, y transcurrieron dos o tres días sin orinar, de modo que, cuando te se quiso acristianar, a nadie parecía bien el nombre que tienes. Y contesté yo que, para lo poco que habías de vivir, lo mismo tenía un nombre que otro cualquiera. Pero haciéndoselo presente al médico, te reconoció, abrió el conducto y enseguida fue tanto lo que orinaste que calaste todo el pañal completamente. Y desde entonces vimos grandes esperanzas. Y después no tuviste novedad hasta la edad de unos tres años, que fue cuando tuviste la enfermedad. Y te se ofreció a la Virgen del Henar para visitarla cuando tuvieses uso de razón, y pudieses pedir por tí mismo te diese vocación, si te convenía, para el sacerdocio. Lo cual, estando en la Ermita al frente de la Virgen, te encargó tu madre, que allí te había llevado, para que pidieses a la Virgen te hiciese, si te convenía, un buen sacerdote, porque así lo ofreció en la enfermedad. Que no se contaba hubieses vivido, porque ya te se echó la bendición y estabas tapado. Pero entrando yo a corto rato, me encontré estabas tirando por alto un guisopillo que tenías sobre tí para enjugarte la boquilla cuando era necesario. Y para darte a luz tu madre, solo encontró más incomodidad que con los demás hijos.

Después, ya más crecídito, te divertías muy bien en la cocina con los criados, bailando tus bailecitos con Salvadora tu prima y Manuel Pinilla, que tocaba el fuelle como si fuese guitarra. Pero después, para más broma, te dijimos tenías que acostarte con Salvadora. Esto fue lo que más nos hizo reír, pues como así lo creías, te entró una lloradera, que nos costó trabajo persuadirte y hacerte callar.

Después, ya mayorcito, antes de llevarte a Roa, te dió Carilla con la barra en la cabeza, que creíamos hubiese sido más. Y nos causó mucha pena, siendo que teníamos el pensamiento de darte carrera, y pudiese muy bien haberte inutilizado para el misterio [sic.], pero Dios quiso te arreglases pronto y bien.

Después, cuánto no anduvimos para poderte colocar en algún colegio, para que sigues carrera, y no se arreglaba. Contamos con los Señores de Mambrilla, y en nada nos ayudaron. Fuimos a Peñaranda, tampoco. Quisimos, donde estaba Gaitero, en Avila, y tampoco. Y después Dios parece que te dirigió por el estado religioso. Y después, mejor que nosotros debes saber tú cuánto te ha favorecido Dios hasta el día presente.

Sin otra cosa, recibe afectos de toda la familia en general, y sabes cuánto en el Señor te quieren tus padres y verte desean. Pedro Esteban; rúbrica.

La ingenuidad familiar de esta carta no admite comentarios.

de D. Juan Mambrilla, grandes propiedades que procedían de la desamortización. El padre de D. Juan las había comprado de barato, con escándalo de los aldeanos, incluso liberales, que temían la venganza del Cielo para la tercera generación, temor que se vió confirmado, pues D. Juan tuvo sólo dos hijos, un varón loco y una hembra idiota, y ambos murieron en la juventud. D. Juan, hombre profundamente religioso, ofreció con el tiempo toda su hacienda al P. Eustasio para que dispusiese de ella y el P. Eustasio le aconsejó que lo dejase a una Congregación Religiosa en beneficio del pueblo. En la casa en que nació Eustasio se educan hoy los niños de La Horra y los que aspiran a vestir el santo hábito de los Hermanos de la Sagrada Familia.

La infancia de Eustasio transcurrió en la relativa calma que permitían los liberales del «Estudiante», los carbonarios de la *Torre de los Comuneros* de Nava, y los Lebreles de Roa. La única superviviente de aquellos tiempos es Magdalena Miguel Esteban; a sus 85 años, la anciana conserva su donaire agradable, su memoria vivaz y desde luego intransigente. Al oír hablar de la infancia de Eustasio, lanza un suspiro y con su especial gracejo resume las voces del pueblo:

— Era un bendito de Dios.

El ser un bendito de Dios durante la infancia en aquella comarca es un hecho tan insólito, que merece pasar a la historia. Eustasio recordaba sin embargo que en cierta ocasión se cayó de bruces al pilón de la fuente pública y se hubiera ahogado si algunas vecinas no hubiesen descubierto los pies del niño por alto. Recordaba también que la campana gorda de la torre estuvo a punto de partirle la cabeza, aunque se contentó con descalabrarle. Recordaba asimismo que por mezclarse con los mozos en el juego de la barra, ésta le alcanzó en plena cabeza, poniéndole de nuevo en peligro de perder la vida.

No se vaya a creer que el bendito de Dios era un niño.

clorótico, carente de estímulo interior. Era propenso a la cólera y a no tolerar injusticia alguna. El hijo anormal de Don Juan Mambrilla solía responder a los interlocutores escupiéndoles al rostro. La primera vez que lo hizo con Eustasio, éste le administró una buena paliza. Y cuando le propinaron otra a él, advirtiéndole que el hijo de Don Juan era irresponsable, replicó:

—El loco, por la pena es cuerdo.

Conservaba Eustasio un débil recuerdo del Sacramento de la Confirmación, que le administró en la parroquia de La Horra el Sr. Obispo de Osma, Mons. Laguera y Menezo. Dada la poca edad del muchacho, se comprende su única impresión: el párroco tuvo buen cuidado de que nadie saliera de la iglesia hasta que la ceremonia estuviese terminada. Esto es todo lo que recuerda a la hora de escribir la Memoria.

También recordaba muy mal los días de su primera confesión y de su primera Comunión: «Del día de mi primera confesión, como del de la primera Comunión, no conservo memoria. No había en aquellos tiempos costumbre en el pueblo de dar al acto de la primera comunión especial solemnidad, y los niños confesábamos y comulgábamos cuando el párroco lo creía conveniente, una vez al año, como los demás fieles de la parroquia, después de examina los y aprobados en la doctrina cristiana. De ésta solía exigir examen a todos el párroco en las tardes de los domingos de Cuaresma en la iglesia, después de rezado el rosario, dando a cada uno la respectiva cédula que, una vez cumplido el precepto de la Iglesia, hacía recoger el mismo párroco. Pero nadie se cuidaba de promover la frecuencia de sacramentos, considerando como la cosa más natural y suficiente recibirlos una vez al año. Mis padres cuidaban de que todos los de la familia, incluso los criados, comulgásemos, previa la confesión, el día de Jueves Santo, empezando ellos por darnos el buen ejemplo: ese mismo día por la noche, antes de que se cerrase

la iglesia solíamos hacer en familia una visita particular al Santísimo Sacramento reservado en el Monumento para cuyo alumbrado muchas familias daban su vela, cuyo sobrante retiraban después y solían encender en tiempo de grandes nublados, implorando la divina misericordia. Es una lástima que nadie se cuidase de la frecuencia de sacramentos y que dada la costumbre general ni a mí se me ocurriera frecuentarlos: siendo yo, como era, inclinado a las cosas de la iglesia, me parece que fácilmente hubiera aceptado el frecuentarlos en las principales fiestas, si se me hubiera propuesto. Y de cuánto provecho me hubiera sido para sostener la lucha contra la concupiscencia, que en mi desarrollo precoz empezó bien pronto a perseguirme: el Señor tenga piedad de mí en su gran misericordia y me perdone mis innumerables y grandes faltas.

De su aprovechamiento en la escuela nos dice: «Frecuentaba yo la escuela de primeras letras para niños que había en el pueblo, como la había para niñas, y había aprendido en ella con relativa facilidad cuanto en ella se nos enseñaba, ayudando en los últimos años al maestro, en unión de otro compañero, en la inspección de la escuela y en tomar la lección a los niños de las clases inferiores. No había ya para mí en la escuela nada nuevo que aprender».

## CAPITULO II

### La vocación religiosa (1860-1875)

Los padres de Eustasio mantuvieron siempre viva la conciencia de consagrar a Dios a su hijo como lo habían prometido. Llegado el tiempo del uso de razón, su madre lo llevó al Henar, lo presentó a la Virgen y le mandó pedir en alta voz la gracia de llegar a ser un buen sacerdote.

Toda la educación iba orientada en ese sentido; se vigilaban sus relaciones y no se le dejó que fuese al campo o se aficionase a las labores agrícolas, aunque esto le costaba no poco a su padre. En la escuela del pueblo, como hemos visto, el muchacho se destacó muy pronto, hasta que llegó el momento en que ya nada tenía que aprender. Pero entonces comenzaron las congojas, ya que los padres no sabían adónde enviarlo. Durante algún tiempo se habló de que en Peñaranda iba a abrirse un Colegio o Preceptoría, preparatoria para el Seminario, pero no llegó a inaugurarse, a lo que parece por falta de licencia diocesana. Tomás se decidió al fin a enviar a su hijo a Roa, donde un sacerdote benemérito, D. Manuel Pascual Pavía, preparaba muy bien a los muchachos, exigiéndoles por sus servicios tan sólo que le ayudasen como acólitos en su iglesia de la Stma. Trinidad y que estudiasen, eso sí, con entusiasmo.

D. Manuel utilizaba un excelente método intensivo. Daba clase por la mañana y por la tarde durante tres años consecutivos sin interrupción ni vacaciones. Sabía muy bien lo que significaban las vacaciones en aquel ambiente. Y para que la salud no se resintiese, él mismo sacaba a los estudiantes de paseo con muchísima frecuencia y se preocupaba por cada uno de ellos como si fuese su propio padre. A nuestro joven le tomó desde el primer momento un afecto particular por su piedad y por su afición al estudio.

Eustasio quedó colocado en casa del Administrador de las fincas que D. Juan Mambrilla tenía también en Roa, relacionado por ese motivo con el cachicán de La Horra. Cayó allí el niño como en su propia casa. Todavía vive allí una anciana, que evoca con devoción la estampa del estudiante enfundado en el uniforme negro de la Preceptoría, con un cántaro de agua en cada mano, o con los paquetes de los recados. Y Eustasio se encontró tan a gusto por su parte, que en muy pocas ocasiones volvió a La Horra.

Esta separación de la familia fué como una preparación para la vida religiosa.

Su vida se acomodó a los moldes de D. Manuel. Diariamente asistía con los compañeros a la misa parroquial, y los días de fiesta participaba en el rezo de Vísperas y Rosario como ellos. La villa de Roa tenía entonces un aire levítico que ha ido desapareciendo poco a poco.

La mañana y la tarde se consumían sobre los bancos de la escuela. Los temas de redacción y traducción habían de prepararse en casa y Eustasio empezó a acostumbrarse a trabajar durante la noche, costumbre que causaba admiración a todos, incluso a él.

Los estudiantes de la Preceptoría habían adquirido mala fama por sus coplas satíricas a las mozas, por sus asaltos a huertos y corrales, por sus desafíos con los mozos de la villa; pero todos sabían que para esas diabluras no se podía contar con Eustasio. Cuando en la clase ardía de pronto el cuerno bañado de alquitrán y petróleo, o cuando aparecía el ratón desollado en la mesa de D. Manuel, se excluía de antemano a Eustasio de la travesura. Todos sus pecados se reducían a «faltar a Vísperas» alguna que otra vez.

Pronto se puso a la cabeza de los estudiantes por su saber y por su carácter bueno y alegre, unido en ocasiones a la seriedad del hombre maduro y responsable. Nunca trató con mujeres y siempre consideró su dificultad para tratar con ellas como un gran beneficio de Dios. Era de esa clase de hombres rectos y justicieros que miran a las normas y no a las personas, a lo social y no a lo familiar, a lo general y no a lo particular. Huía por instinto de toda diversión en que interviniesen mujeres y siempre las miró más bien como una tentación que como una influencia bienhechora y estimulante. Más tarde hubo de comprobar el inmenso beneficio que recibió de Dios por la influencia de una mujer sobre su vida. Es cierto que nunca fué hispido o maleducado, pero tampoco cabe duda de que



sus escrúpulos fueron más allá de lo justo. Tan sólo una vez bailó con una muchacha, en una romería de la Virgen de la Vega, de Roa: después de la función religiosa de la tarde, se organizaba en la pradera una rueda de baile al son de las dulzainas y tamboriles; las jóvenes en grupos esperaban la invitación de los mozos; Eustasio advirtió que una hermana de D. Manuel Pavía quedaba sola y desairada y Eustasio la invitó a bailar; pero se hallaba el pobre tan encogido y violento, que no veía la hora de acabar aquella supuesta diversión. Sin hablar de un complejo de Edipo, seguramente que esa actitud le venía de su primera infancia. Eustasio recordaba con particular veneración a su madre, especialmente por la preocupación constante con que vigilaba su vocación para sacerdote; «quise alguna vez ejercitarme en ligeras faenas del campo en vez de ir a la escuela. Con permiso de mi madre, fui una tarde a escardar en un campo de trigo, donde estaba mi hermano ocupado en esa labor. Pero no bien le hube acompañado un par de surcos, cuando cansado dejé la escadilla y me volví sudando y fatigado a casa. Recordóme mi madre, al verme así, lo que me había dicho al concederme el permiso, a saber, que no era para mí esa clase de trabajos.»

Creo que no me excedo en adivinaciones, al poner de relieve el cariño de Anastasia Esteban hacia su hijo y de Eustasio hacia ella. Aunque no tengamos testimonios abundantes y directos, me parece interesante la declaración que nos hace Sor Luisa de Jesús, de quien adelante hablaremos: «Un día íbamos en el barco y el P. Eustasio me empezó a hablar de su familia. Y me decía que su padre no le quería mucho, porque no le veía dispuesto para las faenas del campo, pero que su madre le quería muchísimo. Me lo decía con suma pena. Y ahora que tengo experiencia y estudio, veo que es un misterio de la naturaleza: que los padres quieren más a las hijas, mientras que las madres quieren más a los hijos. Y eso es verdad: he visto muchas madres que se esmeran sin cesar con sus hijos.

Al preguntarles por qué querían más a los niños, me contestaban que los hombres no se pueden valer por sí solos, que siempre tienen necesidad del servicio de una madre; en cambio las mujeres se saben arreglar solas.»

Me parece que el testimonio es bastante elocuente. Tenía ya el P. Eustasio 75 años y viajaba en compañía de una joven monja. Y sin duda sintió necesidad de hablar todavía de su madre, a quien conservó un afecto fidelísimo. Y hablaba con pena. Y tanta impresión producía el oírle hablar así, que la joven monja se lanza a filosofar, comprendiendo que algo muy hondo y significativo había en el alma del Padre, cuando hablaba en aquellos términos y en aquellas circunstancias después de tantos años. Y sobre todo, hay que tener en cuenta que esa joven monja hubo de ejercitar también con el anciano una maternidad delicada y fiel por sus achaques. Me inclino a pensar que esa especie de predilección hacia una mujer concreta, que le recordaba a su madre, hubo de producir en él desvío hacia las otras y recelo en éstas, ya que sabemos que muchas de ellas manifestaron al P. Eustasio una especie de rencor disimulado. Eso mismo nos da a entender Sor Luisa: «Creo, que era muy ingenuo con las personas de su confianza; por lo menos lo era conmigo y con algunos de sus Hermanos de hábito. Pero creo también que con los demás era más bien reservado. Algunos le han tachado de credulón y a mí nunca me lo pareció, sino más bien un buen abogado; preguntaba, indagaba y meditaba mucho lo que le decían; no era fácil engañarle. Sin embargo, en cosas de espíritu, creía a los que le parecían honrados; además yo he oído decir que los confesores tienen obligación de creer todo lo que les dicen.» «Yo le ví siempre muy atento y cortés con las señoras que venían a consultarle con cualquier motivo o pretexto, él era muy caballero y muy religioso, y a todas las señoras les oí salir haciendo ponderaciones de su sabiduría y santidad. Pero sí noté que tenía lástima a las mujeres: solía decir que

Jesús había preferido en cierto modo a las mujeres porque eran más débiles, y ponía muchos ejemplos del Evangelio, la Magdalena, la Adúltera, la Viuda de Naín, la Samaritana y muchas otras. Por eso ponía todo su interés en la fundación, pues quería preservar a todas las jóvenes en su lucha contra la vida ruín.»

Su vida de piedad no llegó tampoco en Roa a la frecuencia de sacramentos: «Como en mi pueblo tampoco en Roa estaba en uso, aun entre las personas buenas, la frecuencia de sacramentos; y se consideraba como cosa rara y hasta con extrañeza, que alguna mujer comulgase algunas veces fuera del cumplimiento pascual. Y nuestro mismo profesor, respecto de sus discípulos nada exigía en esto ni aconsejaba, contentándose con que, como los demás fieles, confesásemos y comulgásemos una vez al año que solía ser el Jueves Santo. Lástima, repito, que no se me hubiese aconsejado la frecuencia de sacramentos, tan conveniente en esa edad, por no decir necesaria, para luchar valientemente contra las pasiones, que en esos años comienzan a combatir con fuerza: de mucho me hubiera servido a mí para contrarrestar esa lucha, que como la mayor parte de los hijos de Adán, por no decir todos, en esos años sentía. Me acuerdo de haber visto con gusto un oficial del ejército comulgar una vez fuera del tiempo pascual, venciendo todo respeto humano, que me parece ahora era el que influía mucho en esa costumbre general de no frecuentar los sacramentos. La ocupación del estudio, a que siempre he sido aficionado, me servía para evitar la pérdida de tiempo con los condiscípulos que querían distraerme, después de servirse algunos de ellos de mi trabajo para aligerar el suyo. Pero no siempre fui tan firme que no me dejase llevar de ellos a ciertas diversiones, llegando por eso alguna vez a dejar de asistir como ellos a las Vísperas cantadas de una fiesta, con disgusto del profesor que sentía más mi falta que la de los otros, como menos excusable y por la complicidad con

ellos. Y este es uno de tantos casos en que se ve la influencia que en mí tenía el mal ejemplo de algunos de mis compañeros y el maldito respeto humano. Dios tenga piedad de mí y me perdone todas mis maldades.»

Un día D. Manuel leyó a sus alumnos una carta del Rector del Colegio Seminario de Agustinos de Valladolid en la que preguntaba si entre sus discípulos había alguno que quisiera ser agustino. La carta no era casual. El año anterior había ingresado en el noviciado de los Agustinos otro alumno, llamado Conrado Muiños, alumno preferido de D. Manuel; aunque había nacido en Almanza (Soria), vino muy niño a Roa acompañando a su padre, sargento de la Guardia Civil, y en la Preceptoría de D. Manuel se había distinguido por su talento y por su seriedad (1). No era pues casual aquella carta, pero cuando Eustasio la oyó leer, se quedó sorprendido y preguntó algunos datos a su amigo Manuel Gaitero. Este Manuel Gaitero muy bien informado, empezó a hablar a Eustasio de las lejanas Misiones, de los pueblos infieles, de la propagación del Evangelio, de la vida de las colonias españolas, de las barcadas de misioneros, del mar y de las selvas. «Tal fue el medio de que el Señor se valió para suscitar en mí la vocación religiosa. Y todo esto, con la gracia que me comunicaba el Señor, influyó en mi ánimo para resolverme a ser religioso. Me parecía había de verme más libre de los peligros ocupado en las misiones y en comunicación con otros misioneros de la misma Orden».

Eustasio declaró al fin a Gaitero su voluntad de hacerse religioso y le pidió ayuda para obviar un posible desagrado u oposición de la familia. En el campo, los dos

(1) El P. Conrado Muiños, aquel muchacho serióte y callado que ingresó en los Agustinos un año antes que Eustasio, merece ser considerado como hijo predilecto de Roa por la profundidad y cariño con que reflejó los días de su infancia y el ambiente familiar de la villa en su obra predilecta Horas de Vacaciones. Apenas salido de la infancia, Conrado Muiños se apresuró a pintar aquellas escenas con un vigor y una delicadeza que pocas veces han sido igualados. Conrado había profesado el día 7 de Febrero de 1875 y continuaba tranquilamente sus estudios en Valladolid.

conspiradores estudiaron su plan. El día 15 de Agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, Patrona de la Colegiata de Roa y de la parroquia de La Horra, los dos estudiantes bajaron al pueblo de Eustasio a celebrar la fiesta. Gaitero iba encargado del discurso preliminar.

Pedro Esteban, padre de Eustasio, escuchó el discurso con la solemnidad de los patriarcas hasta el fin. Después de recapacitar, anunció que su comportamiento sería el de sus antepasados. Ponia de relieve la importancia del paso, recomendaba calma y prudencia antes de darlo y después de eso cada uno ha de ser hijo de sus determinaciones.

El muchacho pudo tranquilizar enteramente a su padre, explicando la historia de su vocación desde la lectura de la carta venida de Valladolid, que él consideraba como un mensaje de Dios. Durante algunos días había llevado el corazón cargado con el gran secreto y con el miedo de comunicarlo. Cuando Gaitero se dió cuenta de que Eustasio preguntaba con excesiva precaución quiénes eran aquellos misioneros agustinos, dónde estaban, qué hacían, qué significaba todo aquello, él se había desembarazado de su angustia y había recobrado la libertad y la tranquilidad. Después había continuado madurando con lentitud sus ideas en la mayor pureza de intención. Primero había convencido a Gaitero de la necesidad de escuchar a Dios, luego lo había convencido de la necesidad de ayudarle a redondear su plan. La vocación había brotado suave y fresca, como rosa temprana, bajo el soplo de la gracia divina, sin que tuvieran parte en ella las influencias terrenas: Dios le llamaba. Eustasio pudo asegurar a su padre que estaba bien informado acerca de la nueva vida y que todo lo había meditado con seriedad. Al pedir el consentimiento y la bendición para marchar con otros expedicionarios a la lejana viña del Señor, podía sonreír mientras su padre aconsejaba calma y cautela.

Concluyó Eustasio que toda la calma y cautela consistían en preparar cuanto antes el equipo de ingreso, ya que

la carta del Rector de los Agustinos de Valladolid a don Manuel hablaba de ingresar antes del 1 de Octubre, para hacer los estudios con regularidad. Y allí mismo quedó adoptada la resolución de enviar al Convento de Valladolid una solicitud.

La conducta que el Sr. Pedro aprendió de su padre, es la que observará siempre el mismo P. Eustasio. Enterado en 1920 de que una sobrina suya desea entrar en un convento, le escribe una cuartilla, en la que se trasparenta esa conducta tradicional en la familia: «el principal consejo en estos casos es el de no precipitarse, encomendar mucho el asunto al Señor, y procurar que otros rueguen por tu intención, frecuentar con este fin los santos sacramentos y comunicar con sencillez al confesor el estado de tu alma para que te pueda ayudar con sus luces a discernir la vocación, si es que la tienes, o la falta de ella, si no existe. Además hay que ver qué clase de Congregación escoges, estudiando la inclinación que Dios da». (Carta a la señorita Petra Esteban, después carmelita descalza en Palencia).

En aquel muchacho jubiloso era preciso llegar a plena claridad mental. Obró siempre como un hombre que tiene que servir a Dios y está destinado y consagrado a El. En casa se lo hacían saber a todas horas; su madre le obligaba a pedir en voz alta la vocación sacerdotal; en la escuela y en el pueblo se le miraba como a un predestinado. Nunca se consideró libre sino atado por el juramento tácito y perentorio de la fidelidad al servicio divino. Nada queda a la improvisación o a la inspiración del momento.

La ida al claustro se retrasó un poco por la vendimia, pero el 14 de Octubre, Pedro y sus dos hijos se pusieron en camino hacia la ciudad en un carro de trigo. Pasaron la primera noche en Candilejas de Esgueva, donde tenían familiares, y la segunda en Castro Nuevo, cerca ya de Valladolid. El 16 se hospedaron en casa de D. Juan Mambrilla. El 17 los tres ribereños llegados a Valladolid hicieron algunas visitas de cortesía a los amigos y conocidos por la

prisión de su abuelo Tomás, y después se presentaron en el Colegio de Agustinos Filipinos, junto al Campo Grande.

El Colegio tenía entonces en Valladolid fama de santidad. Fundado para atender a las Misiones del Oriente, mantenía una disciplina y un rigor casi penitenciarios, casi inauditos. Si el actual lector queda sobrecogido al hojear los antiguos Estatutos del Colegio, Eustasio quedó también sobrecogido por una conversación que aquel día sostuvo su padre con un sacerdote amigo de los religiosos. Tan impresionado quedó el muchacho que al poner el pie en el claustro, se negó ya a acompañar a su padre que había de permanecer en la ciudad otros dos días. Lo cual es más extraordinario, si tenemos en cuenta que Eustasio no había visto nunca una ciudad. Se contentó con ver las nuevas máquinas del tren, que maniobraban en la estación, desde una ventana de la fachada meridional del Colegio.

El Rector llamó al «catequista». Cuando alguien ingresa en el noviciado, se le coloca junto a un novicio veterano, que es el «catequista», el padrino del candidato. Detrás de su catequista llegó Eustasio a la celda que le habían destinado. «Tan pronto como quedé solo, nos cuenta, vi enseguida una disciplina de cuerda, de cuyo uso nos había hablado el sacerdote visitado en la mañana. Y no sólo no me produjo desagrado, sino que más bien me movió a devoción, besándola y colocándola en el mismo lugar en que se hallaba».

Y ya no quiso saber más del mundo.